

memoria de quince años

Al describir el olvido entre medio centenar de dones que los humanos agradecen y disfrutan, reconocido entre el amor, el fulgor del fuego, el misterio de la rosa, el arte de la amistad, el lenguaje, "que puede simular la sabiduría", y la costumbre, "que nos repite y confirma como un espejo", Borges dice en una frase tan reveladora como toda su poesía:

Por el olvido, que anula o modifica el pasado.

Cuando anula no hay nada que hacer. En cambio, convendría especular cómo es que modifica el pasado en la memoria: Suele transformarlo radicalmente al cambiar el signo original de hechos y situaciones. En otros casos lo altera mediante el simple recurso de suprimir un dato, un personaje, un detalle poco espectacular. Con una reducción de milímetros a una o dos patas de la mesa, el olvido es capaz de convertir algo horizontal y firme en una superficie resbaladiza o tambaleante.

Es preciso agregar que en muchos casos la memoria es fiel, que no se deja menoscabar por el olvido en tanto que preserva intacta una secuencia de acontecimientos y la proporción de personajes y de objetos; sin embargo, como en las fotografías cuyo tono sepia revela la edad de las imágenes —fotografías que, por cierto, este mismo año cumplen el aniversario de la UAM elevado a la décima antigüedad—, la memoria cambia la coloratura. Digo "cambia", no "decolora" porque, sujetos a la emoción, a veces los acontecimientos cobran un matiz más o menos luminoso.

Comparados con la extensión promedio de una vida humana, quince años equivalen a una cuarta o quinta parte. Es una proporción significativa, particularmente cuando corresponden al periodo de la vida productiva.

Creo que en este contexto se explica nuestra celebración.

Referirnos a los quince años de nuestra Universidad en la publicación que nos comunica y que se llama Reencuentro, entraña la intención de re-encontrarnos y reencontrar el camino que fue punto de partida hace tres lustros sin afanes nostálgicos ni melancólicos; como tampoco reaccionarios ni conservadores.

Nos anima la inquietud de recuperar aquello que entonces iniciamos y que a estas alturas ha dejado de ser una idea prometedor y atractiva, la aventura que se perfilaba, para convertirse en hechos reales, cuyos efectos pueden ser descritos y medidos, y que no corresponden a la concepción original.

La actitud crítica de esta revisión no supone aceptar *a priori* que fracasamos, tampoco implica afirmar que lo ocurrido en la Unidad Xochimilco es reflejo fiel de las ideas geniales de un grupo de iluminados. Es un hecho que en este momento estamos obligados a analizar qué hicimos, cuáles son nuestras pérdidas y ganancias y a replantear una estrategia que permita reencontrarnos en el futuro.

Hemos sido tenaces frente a los efectos del olvido de aquel amanecer en la Historia de la UAM. Más para bien o para mal sus imágenes comienzan a teñirse en tonalidades épicas.

Admitir la carga emotiva que iluminó el segundo semestre de 1974 desde la perspectiva actual y narrar los hechos tal y como hoy los apreciamos, nos coloca en la situación de quien observa una vieja película proyectada en cámara lenta. Desde el panorama que nos brinda la experiencia surgen rememoraciones graves o humorísticas. En una celebración es plausible que estén formuladas por la ironía o el relajo propio de todo festejo que se respete. Son expresiones cuya legitimidad nadie puede cuestionar.

Tenemos derecho a la fiesta y a la catarsis.

Roberto Eibenschutz Hartman